

DISCURSO DEL SILENCIO

por Pablo Lapuente Tiana

“He aquí que fue el silencio el primero de tus dones
Era el silencio:
Tierra sin hierba en la noche estremecida”

(Luis Rosales, Misericordia)

Para comenzar.

Es preciso comenzar por el final. He aquí un mundo humano: casas, tiendas, señales de tráfico, un espacio que reconocemos como nuestro. Esta calle puede llevar hasta nuestra casa, aquel es nuestro polideportivo, en aquel lugar trabajamos, etc. No nos resulta difícil vernos allí, y nos ubicamos frente a la escena como si la encontráramos fortuitamente en el curso de un paseo cualquiera.

De repente, algo ha cambiado. Los transeúntes, los trabajadores, ya no están por ninguna parte, en verdad ¿a dónde fueron? Hay un enorme silencio, todos se han ido apenas dejando rastro, incluso el sol parece estar ausente, y queda una luz pálida sobre todas las cosas. En medio de esto, una enorme roca ocupa el centro de la calle. Es como si no pudiera haber espacio para nada más que ella, ni siquiera para un paseo. El que caminaba se detuvo, y contempla la escena, inmóvil. Aún quedan las construcciones, y casi ninguna cosa más, la ropa todavía está tendida, como olvidada, pero ya no parece ser vista dentro del mundo que habitamos. La ropa tendida, las paredes pintarrajeadas, son como ecos de un lugar en donde todo esto podría tener sentido.

La enorme roca en medio de la desolación llega como con un golpe que nos saca no sólo de nuestro paseo, sino también de nuestra perspectiva de humano en un mundo humano. Su apariencia es solemne, como la de un dios antiquísimo, perteneciente a un mundo aún sin doblegar, como por el que los titanes caminaron; en donde las cosas no tendrían todavía nombres, o habría uno distinto para cada cosa que encontráramos por el camino. Si la roca nos saca de nuestro paseo y chocamos con su presencia, no es sólo por lo insólito del encuentro o porque obstruya el camino que nos lleva a casa, sino porque ha llegado como intrusa de un mundo remoto a otro mundo que ya la había olvidado, y que no quería, o no podía, recordarla.

¿Qué mundo es este?

No hay forma concreta que distinga a una roca. Cuando la vemos, sentimos que toda ella es fondo, lleno e insondable. Su materia produce vértigo al hombre, que se siente casi como su opuesto físico. Es toda inmutabilidad, impenetrabilidad. La forma de la piedra siempre parece

recogerse hacia adentro. El mundo humano, sin embargo, nace cuando la interioridad (ajena y propia) se convierte en exterioridad, cuando lo de dentro se revela como forma, apareciendo al “afuera” del mundo. Podemos decir lo que las cosas son, lo que “son por dentro”, gracias a sus distintas superficies, que se distinguen y encajan en las demás cosas como si de un puzzle se tratara. Así, la forma-silla correspondería a su esencia interior en la medida, por ejemplo, en que pudiéramos sentarnos en ella; y por igual, la forma-caballo en cuanto que su fisionomía fuese acorde a la idea que tenemos del animal (patas, cabeza, cola, crines, etc.). Habitamos el mundo ordenando, igual que ordenamos nuestra habitación para hacerlo habitable.

Desde esta mirada, el problema de las rocas es el fondo: no parecen tenerlo, o ¿quién lo conoce? Ellas recogen su esencia hacia las entrañas. El exterior de la piedra, en cambio, sólo nos concede una revelación negativa: Su forma es la ausencia de su forma. Es como si dijeran “si quieres llegar hasta mí, ve hacia adentro”, pero adentro uno nunca llega. Sí es posible, en cambio, sacar una imagen, la que sea, del cuerpo de la piedra, por ejemplo la Venus de Milo, pero, ¿era precisamente esto lo que había dentro? No. Y si esta figura no era la suya verdaderamente, ¿cuál lo es, entonces? No se sabe, duerme hacia adentro, y, por desconocerse, puede ser cualquiera. Esto es lo primigenio, lo inalcanzable, la piedra está precisamente donde la mano ya no puede tocar.

Para terminar.

Ahora, en este mundo colonizado por conceptos y definiciones, aparece repentinamente una gran roca, sola en medio de la calle, como un titán, como un coloso sin voz, sin nombre y sin definición. Dos órdenes se confrontan en silencio: Un mundo explicado y un mundo por explicar. Los postes de cableado, los comercios, las vías de los trenes, se vuelven obsoletos, vacíos. Hay un sentido que se ve amenazado, de utilidad (como el caso de las vías de tren, en donde la roca obstruye el camino), pero también, más ampliamente, de ordenación del mundo humano. Parece una amenaza a las reglas del juego que jugamos, que es el de la razón: El silencio contra la palabra. Un titán capaz de detener nuestro paseo (porque el paseo, el desplazamiento de un lugar a otro, siempre lo justifica la razón), y de llevarse todo consigo, de llevarse todo adentro suyo, nombres, trabajos, coches, de igual modo que de su interior salieron una vez las cosas, y las cosas se reprodujeron, y vivieron, y acabaron finalmente olvidando su origen en el vientre de la piedra.

Y aquí terminaríamos por el principio. Hay un interior, un espacio sin forma precisa, que la mano del hombre no ha tocado jamás. Es, sin embargo, un lugar absolutamente común, quizás el más común de todos, por cuanto todo en él es potencia, un contenedor de todas las cosas por venir. Pero mientras vengan, sólo son una interioridad recogida sobre sí, la promesa de su futura llegada. Como en el vientre de la piedra las cosas aún no son, entonces nada se puede decir de ellas todavía, sin embargo ese silencio es más fuerte y seguro que cualquier definición del diccionario. El silencio adentro de la piedra es el trasfondo de todas las palabras, lo que todas tienen en común. Y aunque, liados con la conversación, muchas veces olvidemos esto, siempre vuelve y volverá el silencio a nosotros de nuevo (entre las frases, entre las conversaciones, entre las miradas) para hacernos recordar de dónde viene nuestra voz.